

---

# México y Asia

## Rodrigo Rivero Lake

Difícil sería condensar la grandeza de la Ciudad de México, su historia es tan complicada, tan intrincada. Intentaré, no obstante, con mis relatos tomarlos de la mano y rogarles que viajemos por el tiempo y el espacio, para hacer un recorrido imaginario que nos permita entender a nuestro país y la grandeza con la cual se creó.

Don Hernán Cortés culminó su conquista el día de San Hipólito, en el año de 1521. Escasos siete años más tarde envió desde Zihuatanejo las naves que habrían de descubrir y conquistar las islas Filipinas, para ampliar con ello el virreinato de la Nueva España. Sin poder tomar las corrientes adecuadas para realizar el tornaviaje, los navegantes tuvieron que concentrarse en los signos del mar para lograrlo; finalmente, Miguel de Legazpi y Andrés de Urdaneta descubrirían en 1565 la corriente que haría posible el retorno.

Esta corriente recibía el nombre japonés de Kuro Shivo, lo que sugiere que ya había sido usada con anterioridad. El regreso consistió en llevar las naves a las Californias y desde ahí fueron costeano, dejando mercaderías y gente.

Las islas Filipinas fueron nombradas así en honor del príncipe, futuro rey Felipe II, las Carolinas por el rey Carlos V, y las Marianas por la reina Mariana, las cuales serían gobernadas y dispuestas desde la Ciudad de México, centro neurálgico del gobierno virreinal.

Este será el único caso en la historia de la humanidad en que una colonia, el virreinato mexicano, descubra, conquiste, pueble y gobierne a su vez a otra colonia al otro lado de los mares, y la integre como una capitanía general, a su virreinato. Así, las terminales de esta larga travesía —realizada por la Nao de China o el Galeón de Acapulco— serían Acapulco y Manila.

Ya consolidado el gobierno novohispano en las islas Filipinas, fue dominado por nuestra nueva raza, la criolla y la mestiza. Destacan en esta historia muchos hechos interesantes, en los que empieza a vislumbrarse la grandeza mexicana; por ejemplo, la batalla de Cambodia, descrita en la crónica de Miguel de San Antonio, en la que se luchó con sesenta llamados naturales; entre ellos había indios tlaxcaltecas, indios filipinos y mestizos, al lado de sesenta japoneses o japoneses conversos. Comandados por diecisiete capitanes españoles y criollos, derrotaron al rey de Siam en una singular batalla, en el año 1596.

En el viaje de varios misioneros egresados de los colegios mexicanos, naufragó el galeón San Felipe y tuvo que buscar refugio en la bahía de Urado, pero los japoneses lo hicieron encallar. Por órdenes de Hideyoshi se confiscó el barco y se crucificó a los sacerdotes que en él viajaban, a los que se denominó "Los veintisiete mártires de Nagasaki", entre quienes se encontraban fray Pedro Bautista y Felipe de las Casas, el primer santo mexicano, conocido como San Felipe de Jesús.

Hay otras historias interesantes y dignas de contar. En 1609 Rodrigo de Vivero, ex gobernador de las islas Filipinas, en su viaje de regreso a las islas naufragó frente a Japón en el galeón San Felipe. La destreza

del culto criollo Rodrigo de Vivero convenció a los altos jerarcas japoneses para construir, con el dinero de ellos mismos, un gran navío para seguir su travesía hasta el puerto de Acapulco y que se le devolvieran todas las mercaderías incautadas, tan sólo con la promesa de retornar y llevar consigo expertos en materia de extracción de la plata, pues teníamos la mejor técnica, que se denominaba “beneficio de patio”.

La plata con la que se prometió pagar era altamente apreciada en Asia; de China se extraían grandes cantidades de oro, pero la plata escaseaba. Por cierto, para revalidar la plata y cobrar un impuesto, era obligatorio poner sobre cada una de las piezas un sello martillado; al hacerse esta operación varias veces sobre una sola, ésta tomaba una forma “cazueleada”.

Rodrigo de Vivero traería también la primera embajada japonesa a México, embajada que después se conocerá con el nombre de sus principales protagonistas: el daimyo, o señor feudal de la ciudad de Sendai, Date Masamune, y Hasekura Tsunenaga. Cerca de 183 japoneses llegaron a México, y de 1612 a 1614 tuvieron una estancia apoteósica en la ciudad. Curiosamente, la mayoría de ellos decidió quedarse a radicar en Cuernavaca, mientras poco más de treinta continuarían su viaje a las cortes europeas, tanto de Madrid como del Vaticano (me los imagino caminando por nuestras plazas mayores, siendo observados por mexicanos e hispanos).

La cristianización emprendida por los misioneros mexicanos franciscanos en el Japón no puede pasarse por alto. La entrega y el glorioso resultado de estos héroes anónimos se conoció tan sólo por sus malos efectos. Como resultado de la prohibición del catolicismo, trescientos cincuenta mil japoneses fueron sacrificados, según las crónicas, entre 1630 y 1670, provocando con esta persecución una silenciosa inmigración japonesa y un enorme contrabando de gentes. Uno de estos casos es el de la familia de Juan, Miguel y Tomás González, japoneses cuyo nombre se les asignó al cristianizarse y que se les cree radicados en la Ciudad de México, quienes practicaban la técnica de las pinturas embutidas en concha nácar, denominadas “enconchados”, cuya exacta similitud con el arte japonés llamado Namban-Jin es indiscutible.

Todos los señores novohispanos, tanto en la Ciudad de México como en los demás lugares del virreinato, siempre mencionan la fidelidad de sus sirvientes y muchas veces administradores o albaceas asiáticos, e incluso los incluyeron dadivosamente en sus testamentos.

Debemos recordar que en la Ciudad de México, al igual que en varias otras ciudades, había agencias portuguesas de venta de esclavos; para el siglo XVII esta ciudad tenía una cantidad importante de esclavos negros, como puede verse en el biombo del Conde de Cadereyta: Vista de la Plaza Mayor de la Ciudad de México en 1635. Esta inmigración fue absorbida por la fuerza de nuestra raza, factor con que entenderíamos la máxima de don José Vasconcelos al denominarnos “raza cósmica”, raza hecha de todas las existentes.

La primera moneda de circulación legal internacional fue el llamado peso mexicano, la columnaria o moneda de ocho reales, que después sería denominada por George Washington como spanish dollar, moneda con la cual acostumbraba pagar y hacer todos sus vales y recibos.

No podemos dejar de mencionar las grandes cantidades de tesoros que llegaron en estas travesías, envueltos en papeles de china, colgados después para alegrar la ciudad, con el estruendo de cohetes y el rumor de nuestras fiestas, y cuyas comilonas compartían festivos moles, muy similares a los curries indios, y nuestras tradicionales carnititas.

Recordamos los grandes marfiles tallados en China que adornarían catedrales, como los que orgullosos están en el facistol de la catedral de esta bella y aristocrática Ciudad de México, y cuya riqueza queda

patente en los orgullosos blasones que serían pintados en grandes cantidades en China, para demostrar el alto refinamiento de los pobladores de esta ciudad.

Además de las vastas cantidades de porcelana china, es justo mencionar las rejas mandadas a hacer a un sangley o chino converso en la colonia portuguesa de Macao, enclavada en las costas de China, con el bello material de tumbaga y cuyo diseño, que todavía conservamos, del artista novohispano Juan Rodríguez Juárez, aún engalana el coro de la Catedral Metropolitana de la Ciudad de México.

Una anécdota muy interesante es la de las fastuosas celebraciones en Tenochtitlan, en 1538. Una de ellas consistió, dicen las fuentes, en hacer analogía de la secuencia de actos, cuando la galera imperial echó anclas frente a las viejas murallas del puerto de Aguas Muertas, donde el condestable de Montmorency y el cardenal de Lorena anunciaron al emperador Carlos V de Alemania y I de España, la llegada del rey Francisco I de Francia. Durante dos horas los soberanos, enemigos naturales, mantuvieron a bordo una conversación cordial y Francisco invitó a Carlos a desembarcar. Tras una corta vacilación, don Carlos bajó a tierra, donde pasaría el resto del día, en la residencia del rey Francisco. Así quedó firmada la paz, muy breve, entre dos países que constantemente se mantenían en guerra.

En la Nueva España, Hernán Cortés y Monroy, el virrey don Antonio de Mendoza, la Real Audiencia y toda la gente de mando e importancia, decidieron celebrar en grande este acontecimiento histórico. Contrataron al distinguido caballero romano Lui de León, quien se encargó de preparar unas fiestas a la altura de las fastuosas celebraciones llevadas a cabo en las cortes europeas.

Fray Bartolomé de las Casas nos relata los titánicos esfuerzos realizados, con este motivo, en la Ciudad de México: "hubo grandes edificios como teatros postizos, altos como torres, en la Plaza de México".

El primer día de celebraciones ocurrió algo asombroso: se trasladó el bosque a la Plaza Mayor, como un gran escenario en el que árboles y matorrales recién cortados daban una apariencia muy real. José Luis Martínez, en su obra sobre Cortés, nuestro "conquistador conquistado", refiere que: "se habían parapetado escuadrones de salvajes con arcos y flechas y garrotes anudados. Al soltar este portentoso zoológico sobre la plaza, tanto Cortés como todos los españoles con poder y los caciques amigos de los conquistadores se imaginaron en un bosque rico en fieras que debían ser cazadas".

Culminó el día con un maravilloso banquete, ofrecido por Cortés en vajilla de oro y plata, del cual terminaron faltando varios platos. Se hizo una gran representación en la que Cortés defendió Rodas, ganando de este lado del Atlántico una mítica batalla en la que Carlos V resultaría también "vencedor". En sus cuatro pequeñas naves, Cortés encarnó la figura del gran maestro de Rodas, que no fue otra que la de Carlos V, y éste, a su vez, la de Julio César o Alejandro Magno.

Para la cena del segundo día, el virrey don Antonio de Mendoza se inspiró en el banquete que en 1530 Carlos V ofreció en Bolonia, para celebrar su coronación como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. "Sobre vajilla de oro y plata se sirvió un sinnúmero de exquisiteces, como novillos enteros asados, rellenos de pollos, gallinas y codornices, así como empanadas".

Al tercer día hubo toros y juegos de cañas. Como fin de fiesta se hicieron muchas farsas; por la noche, para cerrar con broche de oro, se preparó una mascarada con diversidad de lujosos disfraces. Estas singulares celebraciones son la piedra angular de la fiesta mexicana de todos los tiempos. Debemos recordar con simpatía y orgullo estas fiestas netamente renacentistas, realizadas en la Ciudad de México, que resultaron a la altura de las de cualquier casa real europea.

Todas estas son las razones y causas de que nuestro México haya sido y sea, hasta la fecha, un axis mundi, un lugar donde se cruzaron todos los vectores del conocimiento y la creatividad del mundo.

Para finalizar, espero que en esta probadita, en la que se demuestra lo inmensamente asiáticos que somos y lo profundamente mexicanos que son cientos de millones de asiáticos, surja la inquietud de buscar otras y nuevas fuentes de las que podamos abreviar de esta cultura mexicana asiática, cuyo personaje principal es nuestra querida patria, personaje que debemos honrar al conocer su historia. No merece el olvido de sus hazañas, miles de ellas; por ello, hay que buscar, estudiar y descubrir nuevos y mejores episodios de nuestra historia.